

que dice la Iglesia <sup>1</sup>. Que tal fuese en el orden sobrenatural de la redención parecía exigirlo esa misma semejanza de María con Dios, que hemos contemplado con admiración hasta aquí. ¿Acaso Dios no es Padre, no sólo por naturaleza, según la cual engendra un Hijo *ab æterno*, de su misma substancia, sino también, por adopción, en virtud de la cual nos ha engendrado en el tiempo, de las entrañas de su caridad? <sup>2</sup> Luego también María, en quien Dios ha querido imprimir el sello de su semejanza, debe compartir con Dios esas dos especies de paternidad, una de naturaleza, y otra de adopción. No hay duda, dice un teólogo eminente, que el Padre Eterno quiso asociar á María á todo aquello que conducía al cumplimiento de la obra inefable de la redención. Tuvo, pues, que elevarla hasta sí y hacerla participante de la fecundidad de su amor lo mismo que de la fecundidad de su ser; es decir, asociarla á su paternidad de adopción respecto de los hombres, como la había asociado á su paternidad de naturaleza respecto del Verbo divino. <sup>3</sup> He aquí, pues, á Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y de María, porque, engendrado de la substancia de Dios en la eternidad, fuélo también de la substancia de María en el tiempo; y he aquí á los hombres, también verdaderos hijos adoptivos de Dios y de María, porque el amor de Dios y el de María los hicieron renacer á nueva vida <sup>4</sup>. Confírmalo, con autoridad indiscutible, el gran Doctor San Agustín: «María», dice, «es verdadera madre, según el espíritu, de los miembros de Jesucristo que somos nosotros, pues que con su caridad cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia. Según la carne es verdadera madre de la Cabeza de quien somos miembros.» <sup>5</sup> ¡Qué amor, según esto, el de María para con los hombres! ¡Amor tan grande

<sup>1</sup> In Seq. *Stabat Mater*.      <sup>2</sup> Iac. I, 18.

<sup>3</sup> *Ventura de Ráulica*, La Madre de Dios.      <sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *S. Aug.* (De sancta virginit.).

que nos dió nueva vida, la vida de la gracia, la vida de los hijos de Dios! Amor semejante únicamente al de Dios que por amor nos adoptó por hijos. Por eso dice San Bernardo: «La caridad de Dios no puede ser mayor; la caridad de María no cede más que á la de Dios.» <sup>1</sup> Por consiguiente ¿quién será capaz de medir la magnitud de su bondad? Decir que es madre y madre verdadera, aunque en otro orden muy distinto de la naturaleza, pero no menos real, es decirlo todo, es dejar espaciarse el corazón en un campo de bondad y de ternura que no tiene límites, porque ¿quién puede ponérselos al amor de una madre? ¡Qué dulzura experimenta el desgraciado hijo de Eva al contemplar el Corazón de la segunda Eva, Madre de los vivientes en Cristo y en la Iglesia! Con razón se saborea el cristiano apostrofando á María: «Vida, dulzura y esperanza nuestra.» Bien puede apropiarse María aquellas tiernas palabras de Dios por Isaías: «¿Será posible que una madre olvide á su hijo pequeñito y que no sienta la más viva compasión por el fruto de sus entrañas? Pues aunque ella llegara á olvidarse, yo nunca me olvidaré de ti.» <sup>2</sup> ¡Ah! carísimos hermanos en Cristo y en María; nuestra Madre celestial no es una madre semejante á las que nos dieron el ser de hombres, es una madre incomparable, y, como dice un devoto escritor, es la Madre de las madres, así como es la Virgen de las vírgenes. Pues ¿por qué no acudirémos á ella, por qué no nos acogémos á su Corazón en nuestros peligros, en nuestras angustias, en las grandes aflicciones de la vida, como se acoge el hijo, por desamorado que sea, al amparo maternal? «Á todos está abierto», asegura San Bernardo, «el regazo de su misericordia — *Omnibus aperit sinum misericordie suæ.*» <sup>3</sup>

7. ¡Ah! ¡la misericordia! Ésta es la forma en que más resplandece la bondad del Corazón de María, porque es

<sup>1</sup> *S. Bern.* apud Ventura.      <sup>2</sup> Is. 49, 15.      <sup>3</sup> *S. Bern.* apud Ligorio.



muy grande la miseria en que yacen sus hijos. Por eso, la salutación más grata á sus oídos es la que arranca del fondo de nuestra miseria, cuando le decimos con la Iglesia: *Salve Regina, Mater misericordiæ*. He aquí, carísimos hermanos, el segundo móvil de la misericordia de María, la grandeza de nuestras miserias que tan vivamente contrasta con la grandeza de sus perfecciones. Y prescindiendo de tantas otras desventuras como cercan nuestra vida, según lo observó Job: «El hombre, el hijo de mujer, no sólo vive poco tiempo, sino que está repleto de infinitas miserias»<sup>1</sup>; ¿qué mayor miseria que vivir de asiento en el pecado? Pues si de la bondad nace espontáneamente la misericordia, ese sentimiento de las miserias ajenas que inclina el corazón á remediarlas, ¿cómo no se moverá el bondadoso Corazón de nuestra Madre á compasión y lástima del pobre pecador! ¿Quién más miserable y desgraciado?<sup>2</sup> Y precisamente, por serlo tanto, mueve más á piedad á quien mejor que ninguna otra criatura comprende lo horroroso de la situación que se ha creado el ciego pecador. ¡Oh! ¡si él llegara á comprenderlo, á sospecharlo siquiera! Pero ahí está el colmo de la desventura, en ser tan miserable y no compadecerse de sí mismo. *Quid miserius misero non miserante seipsum?*<sup>3</sup> Tal es el pecador sensual, embriagado en sus deleites, alucinado con los pasatiempos del mundo hasta el extremo de imaginarse en ciertas situaciones el hombre más dichoso de la tierra, convertida para él en paraíso. Tal es el pecador soberbio y orgulloso, enloquecido con su efímera grandeza, que sueña con haber encontrado la felicidad soberana en la opulencia, en el fausto, en las adoraciones de los hombres. Tal es, principalmente, el pecador impío tan frecuente en nuestros días, que despreciando la ley divina, negando á Dios mismo, se cree dueño absoluto de sus actos, irresponsable, feliz

<sup>1</sup> Job 14, 1.<sup>2</sup> Apoc. 3, 17.<sup>3</sup> S. August.

en su independencia de todo yugo, satisfecho con la posesión de una libertad sin freno. Y ¡hay tantos pecadores más ó menos semejantes á estos tipos! ¡y hay pueblos enteros, á quienes pudiera dirigirse aquel anatema del profeta Isaías: *Væ genti peccatrici!*— «¡Ay de la nación pecadora! ¡Ay del pueblo cargado de iniquidades, raza perversa, hijos del crimen! Abandonaron al Señor, blasfemaron del Santo de Israel.»<sup>1</sup> Sí, cristianos oyentes, es grande la miseria de los pecadores, por cuanto, debilitada y casi extinguida la luz de la fe en innumerables almas, no se pesa ya la gravedad de la culpa y de ahí que no se experimente el justo pesar de haberla cometido: Es el caso de exclamar con Jeremías: «Desolada enteramente está la tierra, porque no hay uno solo que recapacite en su corazón.»<sup>2</sup> ¡Ah! digámosle á María: «Muestra ahora que eres Madre! Ahora que perecemos ahogados por la ola de nuestras miserias, salva á tus hijos desgraciados, ruega por nosotros pecadores.» Y ella nos oirá, no lo dudemos. Su Corazón se nos ha revelado nuevamente con mil prodigios de misericordia. Confíemos, porque, como dice un piadoso escritor: «Cualquiera que sea la ingratitude de la cual nos reconozcamos culpables contra el Hijo, ¡oh! jamás debemos desesperar de la clemencia de la Madre; antes bien, uniendo con la confianza el arrepentimiento, echémonos sin temor en sus brazos, seguros de que no quedaremos desamparados.»<sup>3</sup>

## II.

8. Á ello nos animan los caracteres ó cualidades de la misericordia del Corazón de María. Desde luego la concebimos *grande*, como aquella con que pedía á Dios el real Profeta que se compadeciera de él: *Secundum magnam misericordiam tuam*<sup>4</sup>, sin duda porque necesitaba

<sup>1</sup> Is. 1, 4.<sup>2</sup> Jer. 12, 11.<sup>3</sup> Abb. *Barthe*, Letan. de la S<sup>ma</sup> Virgen.<sup>4</sup> Ps. 50, 1.



de una misericordia proporcionada á la grandeza de la miseria á que le redujeran sus pecados. Pues ¿cómo no ha de ser grande, inmensa la misericordia de Aquella que está destinada á remediar tantas miserias de tantos desventurados hijos pródigos? Pero aparte de esto, la misericordia del Corazón de María se recomienda por un carácter de universalidad que sólo puede hallarse en la que es Madre de la misericordia. De la misericordia de Dios cantó la misma Virgen en su cántico de acción de gracias, que pasaría de generación en generación al través de los siglos: *Et misericordia eius a progenie in progenies*<sup>1</sup>. ¿Por qué no decir otro tanto de la misericordia de Aquella en cuyas manos ha puesto Dios la salvación de todos los pecadores? Por eso, dirigiéndose á María el melifluo San Bernardo, le recuerda que no se ha oído decir jamás, en ningún siglo de la Iglesia, que ninguno de cuantos se acogieron á su amparo é imploraron su favor, hubiese sido desatendido y abandonado á su desgracia<sup>2</sup>. Por eso el lenguaje común de los Padres de la Iglesia nos autoriza á creer que jamás ha faltado al pecador suplicante la clemencia de María; y la historia está allí para atestiguarlo con mil hechos cuya autenticidad no puede discutirse sin nota de temeridad ó escepticismo. Como del sol cantó el Salmista que no hay ser á quien no llegue su calor<sup>3</sup>, así de María, sol de las almas, *electa ut sol*<sup>4</sup>, debe afirmarse que no hay hombre á quien no alcance el calor vivificante de su misericordia. Ella es clemente, dice San Bernardo, para los necesitados, piadosa para los que le piden, dulce para los que la aman<sup>5</sup>. «¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!» Es la plegaria más dulce de los desterrados hijos de Eva, que van arrastrando su desgracia por este valle de lágrimas.

<sup>1</sup> Luc. 1, 50.<sup>2</sup> *Memorare.*<sup>3</sup> Ps. 18, 7.<sup>4</sup> Cant. 6, 9.<sup>5</sup> *S. Bern.* apud Ventura.

9. Esa clemencia del Corazón de María es además activa, solícita, eficaz, como nacida de una caridad ardiente, inagotable. ¡Oh! ¡cómo trabaja María por la salvación de los pecadores! ¡Obra por todo extremo difícil, imposible á los esfuerzos humanos, la conversión del pecador! Dígalo la admirable madre de Agustín, la piadosa Mónica, que tantas lágrimas vertió, que tantos ruegos elevó al Señor durante largos años, y tantas peregrinaciones por mar y tierra emprendió para lograr la conversión de su hijo. Y es porque para convertir á un pecador, mayormente endurecido en el desorden, alejado de Dios por mucho tiempo, encenagado en el vicio, es menester un milagro de la gracia que ilumine primero y disipe las tinieblas de que está lleno el corazón, aun más que el entendimiento, y luego que nueva y quebrante ese mismo corazón de bronce, que le derrita en lágrimas de compunción, que le trueque enteramente en otro del que ha sido; y después de todo este trabajo en el pecador, es preciso mover también el corazón de un Dios santo y justiciero, hasta arrancarle, por decirlo así, la sentencia de perdón. Mas por difícil que esta obra sea, nada para Dios es imposible<sup>1</sup>, nada es dificultoso para el Corazón de la Madre de Dios. Ella dispone, como sabéis muy bien, de la omnipotencia del ruego, y si ella se interesa por salvar á un pecador, no habrá quien se lo impida. Ella trabaja con los pecadores, aun los que parecen más indignos de sus gracias, llamándolos á penitencia, por modos á veces evidentemente sobrenaturales. ¿No recordáis la prodigiosa historia de la conversión del judío Alfonso María de Ratisbona? ¿No habéis oído hablar de otra conversión aun más reciente, la del ex-granmaestre de la masonería italiana, Solutor Aventor Zola, obtenida por medio de la aparición de María? Y por lo que hace á desarmar la justa cólera de Dios y detener el rayo de su

<sup>1</sup> Luc. 18, 27.



justicia, ¿no veis cómo se empeña en rogar á su divino Hijo, como tantas veces lo ha dado á conocer á sus siervos en maravillosas visiones? De rodillas delante del trono del Altísimo se ha visto á María implorando misericordia y perdón para su pueblo. ¡Oh cuadro conmovedor! ¡Cómo no ablandas nuestros corazones! ¿Cómo podemos desconocer la misericordia de ese Corazón clementísimo? ¿Cómo no poner en él nuestra esperanza?

10. Hay, finalmente, otro carácter en la misericordia del Corazón de María que debe interesarnos grandemente, porque nos afecta más de cerca y nos da la medida de nuestra devoción. Hablo de la virtud comunicativa ó atractiva que tiene esa misericordia en las almas devotas del purísimo Corazón. Esas almas son las que anhelan reformar su corazón por el modelo del de María, el cual está vaciado en el molde perfectísimo del Corazón de Jesús. María dice á los que la aman: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»<sup>1</sup>; y ellos que conocen cuánta es la ternura del Corazón de su Madre, siéntense henchidos de misericordia para con sus prójimos; y al ejercitarla se sienten felices, porque están seguros de alcanzar la misericordia de Jesús y de María. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»<sup>2</sup> Tal es el fruto más precioso de la devoción al inmaculado Corazón de María; no sólo obtener gracias y favores espirituales y temporales para nosotros mismos, sino encender nuestros corazones en fuego de caridad y compasión á los pobres pecadores. Éstos son los predilectos de María, pues que donde abunda la miseria, campea más de lleno la misericordia. Mas como todos, pecadores como somos, abundamos en toda suerte de lástimas, quebrantos y penalidades<sup>3</sup>, confiemos en que hemos de ser todos objeto de predilección para el

<sup>1</sup> 1 Cor. 4, 15.

<sup>2</sup> Matth. 5, 7.

<sup>3</sup> *Omne cor marens et omne caput languidum* (Is. 1, 5).

misericordioso Corazón de María. Volvamos á ella nuestras lánguidas miradas; elevemos hasta su trono los gemidos de nuestro desgarrado corazón, y ella tornará hacia nosotros «aquellos sus ojos llenos de misericordia»<sup>1</sup>. Así sea.

## De Nuestra Señora de Lourdes.

(Predicado en la Habana en la capilla del Externado, el 11 de febrero de 1909.)

*Diffusa est gratia in Conceptione eius, et speciosa apparuit inter filias hominum.*

*Eccl. in offic. Immac. Concept.*

1. ¡Albricias, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo! Una nueva fiesta en honor de la Santísima Virgen se celebra el día de hoy en toda la Iglesia católica. Y ¡qué fiesta tan simpática para todos los corazones piadosos, la de Nuestra Señora de Lourdes! No es nueva, ciertamente, para un sinnúmero de almas familiarizadas ya con esta dulce advocación, y aun para muchísimas iglesias particulares, no sólo de la Francia y de la América española, sino del mundo entero que ya la celebraban, y no con poco aparato de solemnidad. Mas de hoy en adelante no serán sólo algunas porciones del rebaño de Cristo, será la Iglesia universal la que tributará solemnes cultos con rito doble mayor á la Inmaculada Virgen, aparecida en la dichosa gruta de Massabielle hace 50 años cumplidos. Es, pues, llegado el momento de apostrofar á María Inmaculada con aquellas palabras con que saludaban á la vencedora Judit los príncipes de Israel: «Bendita seas del Señor Dios Excelso sobre todas las mujeres de la tierra, porque hoy ha engrandecido de tal manera tu nombre, que no acabarán nunca de alabarte las lenguas de los hombres.»<sup>2</sup> ¡Qué júbilo para todos los hijos de

<sup>1</sup> *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte* (Salve Regina).

<sup>2</sup> *Judith 13, 24, 25.*